

ESPAÑA

PEDRO BOSCH GIMPERA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

A S. E. D. Manuel Azaña, Presidente
de la República española, en respetuoso
homenaje.

El fracaso de la explicación "ortodoxa" de la Historia de España.—Hacia una nueva interpretación: el pueblo y la superestructura.—La España primitiva, raíz de toda evolución ulterior.—La constitución natural de los pueblos hispánicos y su perpetua reaparición.—Interferencias históricas.—Los romanos y la primera superestructura.—Nuevas superestructuras.—Grandeza y servidumbre de la superestructura.—Trayectoria ascendente a pesar de todo.—Hacia la verdadera España.

EL origen de los pueblos, el proceso de su formación, su psicología esencial cobran un interés primordial para la explicación de su evolución histórica y de sus creaciones culturales. En este marco deben situarse los hechos del hombre como individuo o los desarrollos debidos a interferencias de factores relacionados con el ambiente geográfico o económico, así como a contactos con otros pueblos. De manera análoga, al tratar de explicarnos el proceso de la vida individual, no basta con estudiar las acciones desde el punto de vista de la libre determinación, la voluntad o la inteligencia, sino que hay que tener en cuenta, además, el ambiente en que ha vivido y en que se ha des-

envuelto el individuo, su educación, su constitución fisiológica y la herencia familiar con sus taras y sus cualidades. La Historia se convierte en parte en una ciencia biológica, poniéndose de manifiesto cada vez más la íntima trabazón entre el pasado y nosotros.

Ante esta complejidad, tenemos la sensación de que nos hallamos en el principio de una nueva tarea para el historiador. Será preciso rehacer totalmente muchas cosas que parecían ya una construcción definitiva, sobre todo si se quiere que la Historia no sea un mero registro de hechos, sino que intente explicar su ilación interna y su dramatismo e interés humanos. Esto es lo que hoy se pide a la Historia, en medio de la indiferencia por sus problemas técnicos: acaso nunca había existido tanto interés por la Historia, acompañado de un mayor cansancio por su aparato de erudición.

Las inquietudes de la hora actual, los prejuicios políticos o filosóficos se proyectan en el estudio del pasado y la Historia, a la que se pide una explicación de nuestros problemas y una justificación de nuestra conducta, deja de moverse en la serena región de la Ciencia y de ser patrimonio de los eruditos o de los investigadores para convertirse en un objeto de discusión apasionada y en algo esencial para todos.

Acaso se dirá que con ello padecen la verdad histórica y el rigor científico, corriéndose el peligro de que veñga a ser tendenciosa. El peligro existe, pero este riesgo puede ser fecundo para abrir nuevos horizontes a la Historia y, superándolo, alcanzaremos una visión más profunda y más rica en contenido y, en realidad, más exacta. A pesar del enriquecimiento de la Historia con tantos hechos desconocidos antes, con el progreso de la técnica de investigación, ninguna de las reconstrucciones actuales es satisfactoria y sentimos el anhelo de explicar mejor los hechos, acudiendo a hipótesis tal vez arriesgadas pero que producirán sus frutos un día, y renovarán en definitiva nuestra visión del pasado. La «verdadera» Historia no la poseemos aún si buscamos

en ella no sólo los hechos sino su explicación y su relación con nosotros; para llegar a este resultado es preciso «adivinarla» y extraviarnos por muchos caminos tortuosos a través de hipótesis que se nos ocurren intuitivamente y que un día se depurarán, permitiéndonos llegar a una mayor certidumbre.

España vive un momento crucial en que todo se transforma, en que se revisan valores antes aceptados por todos, en que desaparecen instituciones seculares, en que se rectifican métodos de gobierno, en que se abandonan ideas antes profundamente arraigadas y en que se intenta una nueva organización del país. El propio concepto de España es uno de los más sujetos a revisión.

El fracaso de la explicación «ortodoxa» de la Historia de España.

¿Qué es España?

Existía una Historia tradicional, oficial, «ortodoxa» de España, que habíamos aprendido en la escuela, a la que se aludía en todos los discursos políticos, que se consignaba en todos los tratados. Esta Historia «ortodoxa» partía de la idea dogmática de la unidad y cohesión esencial de España y de su civilización, como de un ente metafísico. Era consubstancial con ella la misión de España en América, la defensa de la unidad religiosa, la realización, prefigurada en la época romana, de España por Castilla y por la monarquía desde Ataulfo a la dinastía borbónica. Puesta en peligro la unidad en el fraccionamiento de la Edad Media por los musulmanes, se reconstruía poco a poco durante la Reconquista y culminaba con los Reyes Católicos, los verdaderos restauradores de España y el punto inicial de su grandeza; desde entonces los valores castellanos, sublimados por el Imperio, entre ellos la lengua, se convierten en los valores españoles por autonomasia. Cuanto no se ajustaba al esquema era herético. El hecho de Portugal se consideraba como una rebelión, el de Cataluña, obstinándose en renacer, en cuanto pasaba de mero romanticismo literario o folklórico e intentaba una cristalización política, se condenaba duramente.

¿Pruebas? ¿Fundamento científico? Ninguno. La Historia «ortodoxa» ha sido expuesta, se han reunido unos hechos prescindiendo de los contradictorios y se ha popularizado al amparo del Estado que la representaba, apareciendo durante más de un siglo como un dogma, de igual manera que nadie había demostrado el derecho divino de los reyes y se consideraba un sacrilegio ponerlo en duda. Reconocemos que a menudo lo que parece más seguro se apoya en fundamentos deleznable y que sólo empiezan a parecer sólidas algunas construcciones cuando las vemos sobresalir, de igual manera que parece firme una casa edificada sobre la arena, mientras el agua no la socava poniendo al descubierto sus cimientos.

El único hecho evidente es la unidad geográfica de la Península Ibérica, la relación entre sus Estados y sus pueblos, la analogía de los elementos étnicos que los constituyen, a pesar de sus fuertes diferencias, así como los acontecimientos vividos en común y la participación de unos y otros en la formación de determinados valores culturales, no siendo los mismos ni en la misma proporción. Esto crea una solidaridad, una hermandad, una cierta cultura común. Pero una Nación unitaria y menos la necesidad de admitir la identificación de determinado pueblo y de determinada cultura con el todo, de ninguna manera. La unidad visible en determinados períodos procede del Estado superpuesto; así, la unidad la impuso la monarquía visigoda por unos siglos, el Califato de Córdoba en un corto espacio de tiempo y aun no del todo, la monarquía borbónica en el siglo XVIII y el constitucionalismo en el XIX. Durante la época romana no existió la unidad política, ni en la Edad Media, ni tan sólo bajo los Austrias y, en los mismos tiempos de unificación aparente, subsistía latente la diversidad, que estalla de nuevo en cada ocasión propicia; ejemplo palpable el hecho catalán. Conviene meditar lo que sigue:

«Los reyes católicos no han hecho la unidad española y no sólo no la hicieron sino que el viejo rey en los últimos días de su vida hizo todo lo posible por destruir la unidad

personal realizada por él y su cónyuge y, además, para dejarnos envueltos en una hermosa guerra civil».

«En la política de sojuzgamiento de las libertades locales..... habla un propósito de despotismo real de la corona, no para fundir Estados, sino para sojuzgar súbditos que pudieran defenderse detrás de las instituciones locales..... Las libertades de los pueblos españoles no fueron confiscadas por Castilla y en beneficio de ésta, sino por la antigua Corona en provecho propio y no en provecho de Castilla».

»La moderna España unitaria y centralizada viene «del gran Estado español del Renacimiento..... ¿organizado por la voluntad consagrada de los pueblos peninsulares? No. ¿Por la fuerza de las armas y la conquista? Tampoco. Por uniones personales, agrupándose los estados personales en los cuales lo único común era la Corona, pero sin que existiese entre ellos comunicación orgánica».

«Cuando se organizó la administración del Estado español en el siglo XVI, España se gobernó por consejos, que no se distribuyen los asuntos como se los distribuyen los Ministerios de cualquier Estado moderno, sino por Estados..... Sólo en tiempo de Felipe IV, cuando el Conde-Duque quiso galvanizar un cadáver y unificar en la acción potente de un Estado de una corona central la monarquía española, se crea la Junta de Estado como órgano de una política que fué el fracaso desde su nacimiento (1)».....

(1) La inexistencia de la unidad la refleja el que la tentativa, por el Conde-Duque de Olivares, de un estado fuerte y uniformado provoca no solamente el intento de separación de Cataluña y la independencia de Portugal, sino el intento de separación de Andalucía y hasta de Aragón. Véase Marañón, *El Conde Duque de Olivares (La pasión de mandar)* (Madrid, 1936): «..... la intentona ... de Medina Sidonia para independizar a Andalucía, grave más que por su violencia, por ser indicio de hasta qué punto se había deshecho el sentimiento de la conciencia nacional, cuando los propios Grandes, como más tarde ocurrió también en Aragón, se levantaban contra la unidad de la patria. Esto era el Inri de la política de Olivares; el fracaso implacable, la realización dolorosa de cuanto se quiso evitar, y en forma cruel como no la imaginara nunca». La sublevación del Duque de Medina Sidonia en la Alpujarra no es sólo el caso de una ambición personal, sino que refleja la posibilidad de renacer una de las posibilidades naturales étnicas de España.

«Comunicación orgánica y política entre los Estados no la hubo en mucho tiempo»..... «La política asimilista del Estado español se inaugura propiamente en el siglo XIX».

Lo que acabamos de ver está ciertamente lejos de la tesis «ortodoxa». No ha sido escrito por un heterodoxo catalán, al que se pueda acusar de mal patriota o de separatista. Su autor es nada menos que el actual jefe del Estado español D. Manuel Azaña (1).

He aquí como en pocos años ha podido variar la idea central de la Historia de España y como, sin escándalo, es posible examinar el problema desde un punto de vista diametralmente opuesto al que hasta ahora parecía intangible.

Y es que, paralelamente a la tesis «ortodoxa», unitaria y «castellanista» del siglo XIX, se había formado otra que ahora triunfa y que entendemos que descubre la verdadera España. En Cataluña fué proclamada conscientemente desde Pi y Margall y Prat de la Riba con las tesis federalistas y con el catalanismo político, después de haberse descubierto y de revivir los fundamentos y los signos exteriores de nuestra personalidad, recuperando la lengua, reanudando nuestra tradición cultural y volviendo a descubrir nuestra Historia, ignorada y disimulada en la visión «ortodoxa» de la Historia de España.

Fuera de Cataluña nuestra tesis se infiltraba también en los historiadores que trabajaban objetivamente y poco a poco se dejó de identificar todos los valores culturales españoles con los castellanos y se operó sobre la diversidad de los pueblos hispánicos, como hizo Menéndez Pelayo después de aprender de su maestro Milá y Fontanals la existencia de la lengua, la literatura y la cultura de Cataluña y de proclamar su diversidad respecto de otras españolas cuya personalidad cada vez se acusaba más. Así Galicia y Euzkadi. De España se formaba una imagen menos parcial, buscándose notas comunes distintas de la lengua castellana,

(1) M. Azaña. *Una política*, p. 439, 429 y siguientes. (Discurso del 27 de mayo de 1932 para el Estatuto de Cataluña.)

de la misión religiosa, de la monarquía o de la historia imperial.

Acaso algunos reconocían esta diversidad con íntimo dolor, pero era ya difícil volver atrás. Todavía en Ortega y Gasset España se había vertebrado por Castilla (1) y se atribuye a las regiones centrales la energía formadora de Estados, la fortaleza y los máximos valores culturales, buscando Menéndez Pidal (2) la comprobación de esta tesis en

(1) Ortega. *España vertebrada* (pág. 687 de las Obras completas): «Entorpece sobremanera la inteligencia de lo histórico suponer que cuando de los núcleos inferiores se ha formado la unidad nacional dejan aquellos de existir como elementos activamente diferentes. Lleva esta errónea idea a presumir por ejemplo que cuando Castilla reduce a unidad española a Aragón, Cataluña y Vasconia pierden estos pueblos su carácter de pueblos distintos entre sí y del todo que forman. Nada de esto: sometimiento, unificación, incorporación, no significan muerte de los grupos como tales grupos; la fuerza de independencia que hay en ellos perdura, bien que sometida; esto es, contenido su poder centrífugo que los obliga a vivir como partes de un todo y no como todos a parte. Basta con que la fuerza central escultora de la nación.... Castilla en España.... amengüe para que se vea automáticamente reaparecer la energía secesionista de los grupos adheridos».

Id. id., p. 691: «Porque no se le dé vueltas: España es una cosa hecha por Castilla y hay razones para ir sospechando que, en general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral».

Id. id., p. 698: «Castilla ha hecho España y la ha deshecho.... Castilla acertó a superar sus propios particularismos e invitó a los demás pueblos peninsulares para que colaboren a un gigantesco proyecto de vida común. Inventó Castilla grandes empresas incitantes, se pone al servicio de altas ideas jurídicas, morales, religiosas, dibujan un plan sugestivo de orden social.... Pero si nos asomamos a la España de Felipe III advertimos una terrible mudanza. A primera vista nada ha cambiado, pero todo se ha vuelto de cartón y suena falso».

Id. id., p. 699: «Analicemos las fuerzas diversas que actuaban en la política española durante todas estas centurias y se advertirá su atroz particularismo. Empezando por la Monarquía y siguiendo por la Iglesia, ningún poder nacional ha pensado más que en sí mismo.... se han obstinado en adoptar sus destinos propios como los verdaderamente nacionales.

»En vez de renovar periódicamente el tesoro de ideas vitales, de modos, de coexistencia, de empresas unitivas, el poder público ha ido triturando la convivencia española y ha usado de su fuerza nacional, casi exclusivamente, para fines privados. Es extraño que al cabo del tiempo, la mayor parte de los españoles y desde luego la mejor, se pregunte: ¿para qué vivimos juntos?»

(2) Menéndez Pidal. *Historia de España*, II: Introducción, p. XXXIX: «Partimos de la perduración de caracteres raciales, cosa bien notoria. En apoyo de ello hemos encontrado, por ejemplo, la sobriedad, la fortaleza para las privaciones y para la muerte, la modestia, la moderación en la vida y en el arte; insisto en el

la época romana. Pero ya nadie piensa en negar la variedad española aunque ésta constituye un problema a «conllevar», a menudo con poca satisfacción de ánimo. No sólo ya no se condena nuestra tesis como subversiva, sino que se pro-

realismo antimítico de Lucano que corre a lo largo de toda nuestra literatura. También pudimos considerar tipos que heredan aptitudes especiales: junto a los anónimos guerrilleros de los 200 años tan admirados (de la resistencia de España a Roma), no había que olvidar otros: en la misma Roma de Marcial, las innominadas jóvenes gaditanas, *puellae gaditanae*, que al repiqueteo de sus bronceínas castañuelas aventaban a la popularidad los «cantos gaditanos», nos muestran bimilenaria vida en el genio coreográfico de la Bética; «cantadoras sevillanas» de hoy, cadenciosos palillos, aladas «coplas andaluzas».

»En segundo lugar se nos ofrece el papel definido que en todos los tiempos o en reiteradas ocasiones desempeñan ciertas regiones en el conjunto hispano. Los celtiberos representan ya en la Antigüedad la totalidad de España, como siempre. Además, al lado de Celtiberia, al centro, se destaca la Bética al sur. Las dos forman la columna vertebral sobre la que se sostiene la Hispania antigua, las dos producen todos los hombres representativos que la península da a la cultura y a la política del Imperio romano, sin que aparezca ninguno en los extremos NE. y NO. y lo mismo ocurre en los siglos XVI y XVII: el centro y el sur producen los hombres esenciales de entonces, mientras los dos extremos del N. carecen de tales figuras.

»Esta no observada coincidencia entre las dos épocas es tanto más fundamental cuanto es más chocante, sobre todo en lo que se refiere al NE., pues parece muy extraño que la Tarraconense marítima, romanizada de antiguo como la Bética, no lograra una representación brillante en el Imperio como la misma Bética o al menos como la Celtiberia.

»Las explicaciones que de esta falta se han dado para el siglo XVI y XVII no son muy aceptables, pues no sirven para la época romana.

»Quizás la excesiva igualdad que esa playa tarraconense tiene en sus ambientes respecto a las otras tierras del seno occidental del Mediterráneo le resta originalidad, encarrilándola por un camino en que se ve precedida con ventaja por la tierra de enfrente, mientras la Bética y la Celtiberia, asomadas a otros horizontes del Atlántico y de la Meseta, dirigen su suerte por campo libre y pudieron abrirse algún camino propio para desarrollar iniciativas creadoras. Lo cierto es que el mapa cultural de la península en tiempo del imperio romano es igual al del imperio español: ambos cubren de igual color las mismas regiones fecundas y señalan la misma chocante atonía del NO. y del NE. durante estas dos épocas de poderosos ideales universalistas de extraordinaria exaltación en la actividad general, atonía bien en contraste con la fecunda tenacidad que esas regiones muestran en otros momentos menos culminantes.

»Como consecuencia de la perduración de caracteres y de tipos hemos visto semejanzas muy concretas en la ideología y actuación de los hispanos que sirvieron a esos dos imperios romano y español, aunque dentro de orbes culturales tan diversos y esta es la clave que encierra la prefiguración de que tratamos».

clama cordialmente como la única que está de acuerdo con la verdadera tradición y la verdadera realidad españolas.

Hay que plantear e investigar seriamente el problema de España. Y sólo ahora comenzamos a tener elementos bastantes para hacerlo y para llegar a una interpretación más científica y más real que la anterior, porque cuenta con elementos nuevos de juicio y porque se ha librado del dogma perturbador de la tesis «ortodoxa».

Hacia una nueva interpretación: el pueblo y la superestructura.

Quisiéramos anotar aquí algunos hechos susceptibles de aportar luz considerable a la tarea de rehacer la Historia de España, que habrá de ocupar a los historiadores futuros, así como algunos puntos de vista para su interpretación. No olvidemos que la Historia no es una mera crónica de hechos, sino un intento de reconstrucción espiritual y humana. Sólo tal reconstrucción podrá ser aprovechable para cuanto se emprenda en nombre de España: «De dos fuerzas tangentes, la fuerza de lo tradicional y la fuerza de la invención y creación que introduce un nuevo giro, es resultado la política inteligente, así como la posición del hombre político se determina según la fórmula una tradición corregida por la razón» (1).

Del examen de los hechos deduciremos que la verdadera tradición española, la verdadera naturaleza de los pueblos ha seguido a menudo una trayectoria desviada por la interferencia de factores externos que han hecho variar de raíz por mucho tiempo, incluso durante siglos, el camino que hubiera seguido abandonada a su evolución natural así como se han destacado instituciones o núcleos de la vida española, que han concentrado en ellas el interés histórico, proyectando su sombra sobre el resto del pueblo, a veces sobre su gran mayoría, arrogándose su representación y creando una estructura sobrepuesta al país.

En todo caso, la Historia difícilmente puede volver atrás

(1) M. Azaña. *Una política*, pág. 427. (Discurso del 27 de mayo de 1932 para el Estatuto de Cataluña.)



cuando ha creado valores incorporados definitivamente a la naturaleza de los pueblos o cuando ha aniquilado los factores autóctonos dejándolos sin posibilidad de rebrotar. La superestructura creada es así difícilmente sustituible porque, manteniendo grandes masas del pueblo en un nivel inferior de cultura, ha venido a ser el único actor visible del drama histórico y, en determinados momentos ha acabado por encarnar, de acuerdo consigo mismo, la propia personalidad étnica que suplantaba.

La corrección de la tradición—y en este caso a menudo acaba por convertirse en tradición la propia desviación o la superestructura cuando persiste secularmente—por la razón, ha de tener en cuenta todo el proceso vivido y no puede ser caprichosa o doctrinaria.

Si no tuviese en cuenta lo que ha sido incorporado definitivamente a la tradición, aun siendo fruto a veces de procesos morbosos, o si no intentase apoyarse en la verdadera raíz étnica, representaría una nueva desviación perturbadora. No olvidemos que la verdadera naturaleza de los pueblos es difícilmente mutable—y esto parece ser una lección de muchas experiencias contemporáneas y de las nuevas visiones de la historia—, y tiende en los pueblos dotados de vitalidad, a renacer y a restablecer el equilibrio perturbado por interferencias extrañas y que la desnaturalización de la trayectoria de los pueblos de su verdadera tradición se obtiene tan sólo a cambio de aniquilar muchos de sus valores o a costa de su fatal decadencia.

La España primitiva, raíz de toda evolución ulterior.

Una de las lagunas de nuestra reconstrucción histórica ha procedido del desconocimiento del hecho de la España primitiva y de comenzar a construir sólo a partir de un cierto período, cuando España se incorpora, con las conquistas cartaginesa y romana, a la gran historia. Es cierto que la España primitiva sólo ahora comienza a ser conocida y valorada.

La España primitiva, con toda su complejidad inicial, representa el tronco de que arranca la verdadera tradición

indígena, en la que se ingerta o superpone todo lo demás. Cuando todavía no existe España, su substancia amorfa y latente comienza ya a determinar embrionariamente lo que será más tarde, sus cualidades y sus defectos, así como sus estructuras resurgirán continuamente, dejando en toda la tradición española una huella indeleble. El no contar con este factor primitivo fortísimo hará desviar la interpretación de los hechos y conducirá a errores en el planteamiento de los problemas y de las posibles soluciones.

¿Cuál es el sedimento histórico de nuestra España primitiva? ¿Qué hechos hay que retener de ella, que sigan condicionando la evolución ulterior?

Ante todo la *refracción en la diversidad geográfica de la península de la abigarrada variedad de elementos étnicos* y de la infinidad de sus matices y mezclas. En segundo lugar, la *existencia de un fondo de cultura primitiva, intensamente «primitiva»*, con instituciones y hábitos comunes a todos los pueblos primitivos, incluso a los más bárbaros, que persiste con tenacidad, en virtud del conservadurismo y del tradicionalismo que en todo el proceso de la historia española se hace sentir, como un factor congénito y enormemente retardatario de la evolución y de la asimilación de su ritmo al de la historia general europea. Este elemento primitivo en los bajos fondos populares y folklóricos, a prodigiosa distancia, hace revivir la dureza, la violencia o la falta de control de la razón reflexiva, a la vez que hace persistir instituciones o formas exteriores de civilización hasta mucho después que en otros países han sido substituidas: supersticiones prehistóricas, formas delictivas, costumbres, tipos artísticos (1), persistencia del pequeño núcleo social,

(1). Podemos citar aquí: elementos ibéricos en la decoración de la cerámica popular persistentes hasta nuestros días, tipos y técnicas de construcción prehistóricas, romanos, mudéjares y románicos que perduran casi hasta ahora, la continuación del florecimiento del más puro arte gótico en el adelantado siglo XVI, cuando en los demás países se vivía en plena corriente renacentista, no sólo en la arquitectura, sino también en la pintura en la cual sigue usándose la técnica de los antiguos retablos cuatrocentistas.

del espíritu de la familia primitiva, del clan o del poblado, el caudillaje (la antigua «devotio» ibérica) que podríamos reconocer en el caciquismo moderno (1) y en el espíritu místico de ciega devoción a la persona de quien se espera el milagro salvador (2). En tercer lugar *la espontaneidad y fecundidad en la creación y aun en la improvisación de valores culturales de toda clase*, la facilidad de asimilación de fenómenos forasteros y la fusión íntima con los propios, dando a

(1) Quizás en ninguna otra institución como en el caciquismo, que en los distritos rurales mantiene al margen de la organización estatal y de la ley un poder arraigado en la costumbre, infinitamente más poderoso que el de la ley y más persistente que los que de ella derivan, se observa tan claramente esta supervivencia de un estado de cosas primitivo. El cacique es el que impone el triunfo de un partido u otro en las elecciones, el que manda en todo, el que resuelve negocios particulares, el que favorece o perjudica a los amigos o a los enemigos y que se alía, según convenga a sus intereses, con los partidos y con las formas de gobierno, sin tener en cuenta, en absoluto, ideales o cuestiones de principio; aquellos caciques que un tiempo fueron canovistas, o sagastinos o romanonistas, después pertenecieron a la Unión Patriótica para volverse, después de la República, lerrouxistas o de la Ceda y que si conviene serán comunistas o anarquistas. Ni la doctrina ni la ley representan nada para ellos, sólo los intereses y el poder y, como procedimiento, la solución del caso concreto y el favor particular. Son los coaccionadores de jueces y de autoridades, los compradores de votos, los que saben manejar la amistad y la recomendación, y con estos medios proteger a los amigos y a los partidarios. A cambio de obediencia, sobre todo en tiempo de elecciones, se obtiene el trabajo: el que da trabajo tiene el derecho de disponer del voto en este nuevo tipo ibérico de feudalismo y sólo tiene derecho a obtener trabajo el del propio clan caciquil. En pocos países se toma por símbolo de los partidos políticos a uno de sus hombres, salvo en casos excepcionales, como el de la Francia napoleónica, la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini, en los que el hombre en el fondo, aparte de su prestigio personal, es el representante de un movimiento que con razón o sin ella se puede identificar con ideales generales. En la España monárquica no se era liberal o conservador, se era sagastino o canovista, canalejista, maurista, romanonista. Bajo la dictadura, difícilmente se habría podido explicar lo que ésta significaba, sólo se sabía que el salvador de España era Primo de Rivera y, bajo la República, se ha sido lerrouxista, de Calvo Sotelo, de Gil Robles. Lo que cuenta no es el partido ni la idea, es el hombre, el «jefe» y su tertulia de amigos que preside, desde el café o el casino de pueblo hasta la dirección del partido o desde el Consejo de Ministros, como la «djema» que rodea el caid de la Kábila o los «devoti» del caudillo de la España antigua.

(2) En la antigüedad es típica la fe de los iberos en Sertorio y en las inspiraciones que le sugería la cierva que le acompañaba.

todo producto de las culturas hispánicas un sello vivacísimo de personalidad.

Gracias a estas cualidades la civilización en España existe ya muy anteriormente a la romanización y evoluciona intensamente, y hubiera llegado a ser una alta cultura al margen del mundo clásico, de no haberse interferido los hechos catastróficos del dominio cartaginés y de la conquista y la asimilación por Roma (1).

En lo que podemos entrever, a través de las poco explícitas noticias de los historiadores antiguos, asistimos a la formación de sociedades cultas y a los principios de una organización estatal y militar entre los tartesios, con un cultivo de la literatura, con el refinamiento de la vida social, el comercio en gran escala, el país abierto a los extranjeros que gozan en él de la más generosa hospitalidad y a los que se permite fundar colonias, que no son una «enclave» civilizada en un país bárbaro, sino establecimientos que irradian una fecunda influencia y que viven en íntimo contacto con su «hinterland» que sabe apreciar y asimilar su vida más refinada (2). Esta intensa influencia de los

(1) Desde el arte rupestre paleolítico en el que se encuentran prefiguradas las dos corrientes de toda la evolución del arte español, el realismo y el expresionismo, creándose ya entonces ejemplos casi perfectos, hasta el arte ibérico, que sabe asimilarse técnicas y motivos griegos con una elegancia y una personalidad que no tuvo ningún arte bárbaro de Europa, ni el celta ni el escita, y que en muchas cosas rivaliza con el propio arte etrusco, seguimos paso a paso la formación de una cultura indígena, de la cual los progresos técnicos en España a menudo son realizados antes que en otros lugares de Europa, por ejemplo la minería.

(2) Pensemos en las leyes en verso y en la poesía de los tartesios, precedente del florecimiento de la literatura, de la música y hasta de la danza andaluza en los tiempos romanos, a los que acertadamente Menéndez Pidal ha considerado como representando un viejo fondo racial y el eslabón de una cadena que enlaza este fondo racial con fenómenos análogos de los tiempos históricos y modernos. Y en el arte figurado, representan esta vieja cultura, refinada ya antes de los romanos, los relieves de Osuna, las damas y los guerreros del Cerro de los Santos, las escenas casi cortesanas de los vasos ibéricos de Liria, los bronce y tierras cocidas de los santuarios de Andalucía y del SE. (Castellar, Despeñaperros, Cerro de los Santos, La Serreta), encontrándose en todas partes una libre asimilación de influencias griegas que dan por resultado una intensa helenización no sólo de los territorios referidos, sino de aquellos otros de Cataluña y Aragón en los que no

colonizadores hemos de creer que en muchas cosas pulimentó las asperezas de la mentalidad primitiva, incluso donde no conocemos más que su rastro material, facilitando la floración de las cualidades y de las virtudes raciales.

En Andalucía y en el Sudeste de España, el contacto con los griegos helenizó y refinó el arte y, entre los tartesios, acaso las relaciones pacíficas y guerreras con los fenicios y cartagineses contribuyeron a destacar la aristocracia de las clases populares, hecho que no parece encontrarse en los demás pueblos hispanos en la antigüedad. En Cataluña, tal vez al contacto con los griegos de Ampurias deba atribuirse nuestro sentido democrático de la vida y de las instituciones políticas y sociales, el mayor sentido de la personalidad individual y de la libertad conciente, incluso en la masa popular, el no dejarse imponer por el poder o el prestigio de personas o de instituciones, el sentido de coordinación aun conservando la propia autonomía, la tendencia a respetar tan sólo los valores previamente consentidos y la necesidad de su discusión y revisión constante, pero sin dejar de sacrificar intereses particulares en momentos graves a unos ideales comunes y sin llegar nunca a organizaciones rígidas, la resistencia a la unificación en que se pierden la personalidad de los pequeños núcleos o las iniciativas particulares, de nuestro pueblo de payeses y menestrales con todas sus virtudes y todos sus defectos.

La constitución natural de los pueblos hispanos y su perpetua reaparición.

La refracción de la variedad de elementos primarios y de aluviones étnicos en la diversidad geográfica peninsular organiza, ya en la época primitiva y puede decirse que de una manera definitiva, los pueblos de España. Después se

encontramos sino poblados más humildes de agricultores, pero que tienen el gusto de la hermosa cerámica pintada, de la vajilla de lujo helenística (hasta de la de plata: Tivissa) y también de las tierras cocidas griegas (Puig Castellar). Ciertamente no fueron los romanos los primeros ni quizás los más decisivos «civilizadores» de España. Muchas veces ahogaron la floración indígena y secaron su frescura y espontaneidad bajo su organización poderosa y su cultura militar y uniformada.

matizan, se perfilan, se precisan o se borran temporalmente, pero incluso en estos casos, bajo la aparente asimilación romana o bajo las unificaciones musulmanas o modernas, dicha diversidad continúa latente y la personalidad de los pueblos permanece intacta. Cuando se relajan los factores de unificación reaparecen las tendencias a la disgregación; pero cuando los pueblos de España se encuentran más aislados, vuelven a actuar los elementos comunes de solidaridad y sirven de nuevo aglutinante y es entonces, abandonados a sí mismos los distintos grupos étnico-geográficos españoles, cuando la solidaridad se hace sentir más viva y cuando se tiende a alcanzar una efectiva organización conjunta, nunca lograda definitivamente.

En la época primitiva se dibujan ya grandes núcleos meridionales, levantinos, centrales, occidentales y cántabro-pirenaicos, con un cruzamiento de sus diversos elementos en Cataluña. Estos núcleos aparecen todavía con caracteres amorfos, embrionarios, de límites variables; pero son ya una prefiguración de lo que serán más tarde las nacionalidades medievales o las actuales regiones más caracterizadas.

Los pueblos primarios capsienes y cántabro-pirenaicos, con sus raíces respectivas en el Norte de Africa los primeros y los segundos en el sistema montañoso del Pirineo y en la Francia meridional hasta el macizo central y la Dordoña, forman dos grandes núcleos, respectivamente en Andalucía y en el Norte de España, con una zona de intersección en las regiones levantinas. En estas arraiga, diferenciándolas más tarde, el nuevo aluvión africano de los pueblos ibéricos. La separación geográfica establece la diferenciación y la personalidad de la zona occidental galaico-portuguesa, poblada por la prolongación de los grupos primarios, que allí también parece mezclarse.

Esta es la España indígena, que con infiltraciones mutuas de unos y otros en las regiones centrales persiste, alcanzando una cultura considerable a fines del paleolítico y en los últimos tiempos neolíticos, así como en la Edad del bronce, iniciando una irradiación en todos sentidos por

los países atlánticos, por Francia y por el Mediterráneo. Las regiones centrales, en general, tienen una personalidad menos acusada y una cultura menos progresiva, destacándose tan sólo más tarde, gracias a la entrada de un nuevo pueblo que llega desde Europa central con una cultura organizada y que representan los distintos aluviones célticos; son los celtas los que forman su personalidad absorbiendo, vigorizando y organizando los elementos indígenas centrales, a la vez que matizan fuertemente los pueblos de los grupos occidentales. En estos, en cambio, si bien los celtas dejan un fuerte sedimento de cultura, su personalidad histórica parece apoyarse sobre todo en los elementos indígenas pre-célticos.

Los celtas, que representan un episodio todavía poco valorado pero importantísimo de la historia primitiva española, están a punto de realizar la primera unificación de España y de dominarla efectivamente. Acaso a la mezcla céltica hay que atribuir el mayor sentido de cohesión política, la mayor capacidad de dominio y hasta ciertas tendencias a visiones más amplias de los problemas, de las empresas y de las aventuras de los estados castellanos históricos, de que tan a menudo se ha hablado.

El ataque fracasado de los celtas a los pueblos del Sur y del Este de España, da lugar a la resistencia de éstos y a que se acuse su personalidad al mismo tiempo que florece la civilización ibérica, debida al impulso de las influencias de los colonizadores fenicio-cartagineses y griegos. El dominio céltico en el Norte parece borrar la personalidad de los núcleos indígenas cántabro-pirenaicos; al desaparecer aquél vuelven a renacer, aunque conservando un carácter de pueblo más primitivo que los demás, por no haber participado de las influencias de los colonizadores ni de la cultura ibérica, los dos núcleos principales del Norte, matizados distintamente: los cántabro-astures y los vascos, los últimos de los cuales pierden cada vez más su relación con los grupos emparentados del pirineo aragonés y catalán.

El florecimiento de la cultura ibérica contribuye a acusar

la personalidad del grupo de pueblos en que predominan los iberos. Son los que ocupan lo que después será Valencia, el valle aragonés del Ebro y el Sur de Cataluña, mientras la intersección de los elementos ibéricos con la mezcla de pueblos de la montaña catalana que extiende sus afinidades por el Sur de Francia, fecundizada por la asimilación de las influencias griegas en el «hinterland» de Ampurias, comienza a formar el núcleo, que se destacará cada vez más, de los pueblos catalanes.

Este mosaico, prefiguración de la España ulterior, con variaciones cambiantes según la interferencia de unos o de otros factores étnicos o culturales, es lo que resurgirá constantemente y cuya evolución, no llegada a madurez, interrumpirá la conquista romana que lo asimilará al mundo exterior más brillante, de contextura más precisa y de organización más perfecta, al englobarlo en su imperio, lo que momentáneamente borrará todo rasgo aparente de la diversidad anterior. Si la romanización no se hubiese producido, sin duda la evolución indígena hubiera continuado y se hubieran precisado pueblos semejantes a los que después encontraremos en la Edad Media. La romanización paraliza aparentemente este proceso y parece terminarlo, imponiendo una unificación cultural ya que no política, puesto que en realidad nunca la España romana llegó a constituir una verdadera unidad, ni siquiera de administración. Por otra parte, bajo las formas aparentemente unitarias de la cultura romana se sospechan los antiguos núcleos, a través de sensibles diferencias en la asimilación de la cultura extranjera, de las variedades del arte provincial y de mil matices que sólo la cohesión administrativa y el intercambio intenso facilitado por una larga época de paz y de prosperidad mitigan, borrando aquellas diferencias progresivamente.

Sin duda, de perpetuarse la unidad del imperio o el dominio visigodo, que por primera vez realiza la unidad política de España, perpetuando las formas romanas aunque debilitadas y desnaturalizadas con la interferencia del matiz germánico, la España indígena hubiera acabado por des-

aparecer, aniquilada por una organización estatal fuerte y por una cultura uniformada. Asimismo el Califato de Córdoba, en el caso de consolidar sus triunfos y de perpetuar su dominio en toda la península, hubiera perfeccionado aquel proceso.

El fracaso del Califato y la supervivencia de los grupos indígenas romanizados durante la reconquista, avivados por la diversidad religiosa, son el revulsivo que hace resurgir los verdaderos pueblos españoles. Entonces, a través de la lucha secular que emprenden y del fraccionamiento de los estados musulmanes, en los que el elemento extranjero no es más que un nuevo matiz que se incorpora definitivamente a los núcleos indígenas pre-romanos, se reorganiza la verdadera España, reanudándose su evolución natural, interrumpida por la romanización.

El enlace de la España indígena pre-romana con las nacionalidades medievales se opera, en la formación de los nuevos estados, alrededor de antiguos núcleos indígenas, en los cuales se manifiestan las mismas direcciones de expansión que en aquéllos. Esto les hace alcanzar límites parecidos a los pre-romanos en la alta Edad Media. Los viejos cántabros se convierten en la primitiva Castilla. Los núcleos vascos y navarros continúan a los antiguos vascones. Aragón, pasada su etapa pirenaica, se organiza sobre el núcleo ibérico del Ebro con las mismas tendencias de expansión de la época primitiva, incluso la infiltración en la zona limítrofe de la meseta central. La personalidad del reino de Asturias, de Galicia y de Portugal, hace revivir núcleos indígenas celtizados. El reino de León, con sus tendencias asimilistas e imperiales, es continuador de la España central céltica, que ha absorbido sus elementos indígenas anteriores menos caracterizados. La personalidad destacada, aunque afin, de los reinos musulmanes de Andalucía, y la diversidad de los reinos musulmanes de Levante, hacen revivir los antiguos pueblos tartesios y los influidos directamente por ellos, incorporándolos permanentemente el elemento árabe. Cataluña, reuniendo los condados del extremo oriental del

Pirineo y en contacto con las comarcas afines iberizadas de Occitania, al conquistar los territorios, ya desde antiguo íntimamente relacionados con aquellos de la zona ibérica de Lérida, Tarragona y Tortosa, hereda las tendencias de expansión hacia el Sur de los antiguos pirenaicos y acaba dominando el Levante ibérico, así como resurge la afinidad ibérica del sur de Cataluña con las tierras vecinas del Ebro en la Confederación Catalano-aragonesa. El reino frustrado de Sancho el Mayor de Navarra parece hacer revivir la expansión ibérica hacia el centro de España desde su base en el Ebro. León, incorporando a Castilla y dominando toda la España central, tiende a rehacer la España visigótico-romana, pero sigue en realidad la ley de expansión de los antiguos pueblos célticos centrales. Los musulmanes de Andalucía, al pasar la etapa imperial del Califato o los episodios efímeros de los almohades y de los almoravides—en realidad unos *raids* de guerreros africanos—, vuelven a recluirse en el antiguo territorio tartesio. Murcia oscila, según sus afinidades primitivas, entre los iberos o levantinos, ahora zona de expansión de los iberos catalanes, y los iberos de la Mancha dominados por la monarquía castellano-leonesa. La conquista final de los reinos andaluces realiza por fin la antigua conquista céltica, fracasada en la Antigüedad.

Asimismo en la cultura de las nacionalidades medievales resurgen fenómenos primitivos.

La diferenciación del latín en las lenguas románicas se opera en torno de antiguos elementos lingüísticos prerromanos. El catalán-provenzal se forma a base de los elementos afines pre-ibéricos de la Cataluña vieja y del lengüadoc, la diferenciación del catalán oriental y del catalán occidental toma origen de la zona ibérica colonizada por los pueblos no ibéricos de Cataluña, y tiene por fronteras las de aquella zona o las de aquel territorio ibérico, correspondiente a los antiguos ilergetes-ilergavones (Lérida-Tortosa). La diferenciación del bable y del primitivo leonés respecto del ulterior castellano, deja traslucir sin duda la base indígena de la población astur en sentido amplio, que

comprendía también comarcas leonesas, frente a las tribus célticas de las llanuras centrales. El galaico-portugués revive la diferenciación antigua en la que los celtas no hicieron sino dominar y matizar la población indígena occidental: los límites del dialecto leonés y del gallego coinciden exactamente con los de los astures y galaicos (1). El romance mozárabe de Toledo y de Andalucía, desaparecido por las persecuciones musulmanas o por la incorporación al castellano, que lo absorbe (2), se forma en torno de los núcleos cristianos de origen pre-romano de Castilla la Nueva y de Andalucía. La personalidad étnica pre-romana, matizada por los musulmanes, revive persistentemente, a pesar de la castellanización, en la lengua de Andalucía.

En la cultura toda encontraríamos también mil enlaces: en la poesía, en el derecho, en las instituciones, en las heterodoxias religiosas, en los grupos artísticos y hasta en la manera de reaccionar ante las influencias extranjeras o en las infiltraciones de movimientos literarios o artísticos de carácter general, aun en fenómenos de nuestros días. El renacimiento del catalán no se debe tan sólo a la restauración de una personalidad medieval persistente, sino también a que se apoya en núcleos indígenas fuertes, aunque en la época primitiva no hubiesen llegado a completa madurez. La menor plenitud de su renacimiento literario y la descomposición mayor del valenciano, están en relación con la menor cohesión de los elementos étnicos primitivos, desnaturalizados por la fuerte interferencia musulmana y por la presencia en el territorio valenciano de un elemento céltico afín al de las tierras castellanas. Este alcanzó en las tierras altas los mismos límites que tiene el castellano actualmente en la provincia de Valencia. En la poesía moderna de Juan Ramón Jiménez o de García Lorca, no sólo

(1) Sánchez Albornoz. *Divisiones tribales y administrativas del solar del Reino de Asturias en la época romana*. (Madrid. Tip. de Archivos. 1929.)

(2) Menéndez Pidal. *El idioma en sus primeros tiempos*. (Madrid. Edit. Voluntad, S. A. 1927.)

repercute el eco de la poesía musulmana, sino asimismo la personalidad acusada por la persistencia de los viejos núcleos juntos de los tartesios, sin los cuales la musulmanización no habría podido perdurar tan fuertemente.

Y no hablemos del *folklore*, de las costumbres o del espíritu popular donde (incluso en los fenómenos de resistencia a la imposición de formas normales de administración), subsistiendo largo tiempo en medio de estados musulmanes o cristianos núcleos pre-romanos resistentes a la sumisión (1), sobreviven los antiguos núcleos primitivos.

Como cada vez que se ha roto la cohesión estatal, la organización espontánea se apoya en dichos núcleos primitivos. Tal es el caso de las sublevaciones feudales, del aislamiento y en tiempos distintos de los levantamientos contra el cesarismo moderno: las comunidades de Castilla, la lucha por las libertades aragonesas, las germanías de Valencia, las guerras de Portugal, de Cataluña y de la Alpujarra en tiempos de Carlos V, Felipe II, Felipe IV y Felipe V. Finalmente, en la organización de las Juntas para la resistencia a Napoleón, en los núcleos diferentes que operan con independencia durante las guerras civiles, y en los movimientos federalistas y regionalistas del siglo XIX (2).

(1) Menéndez Pidal. *La España del Cid*, I (Madrid 1929), p. 99:

«Había diseminados por el territorio del Califato varios reinos cristianos independientes, que en el siglo VIII no habían rendido sus fortalezas a los conquistadores sino después de larga lucha, mediante formales tratados de paz. Sabemos que en el siglo X seguían en vigor esos viejos tratados y tenemos noticias de cómo los magistrados de Córdoba respetaban la independencia de uno de esos señores cristianos, que por cierto no entendía el árabe. En 1025, en Altoens, al NO. de Viseo..... en el siglo VIII había obtenido capitulación del conquistador Muza Ben Noseir. Otro de estos mozárabes independientes, un noble aragonés que cayó prisionero en manos del Cid en 1083, proclamaba en 1057 que él y todos sus abuelos habían vivido sin reconocer el dominio de nadie y sin pagar tributo alguno a los Califas de Córdoba, ni a Almanzor, ni después a los reyes aragoneses *quia libertas nostra antiqua est*. Este García Aznar reconquistó Buil (al Sur de Boltaña) y mantenía inmunes sus haciendas aun cuando los cristianos habían reconquistado ya su tierra.

(2) Por esto, el mismo Ortega (lugar citado) reconoce y subraya la constante reaparición de las tendencias particularistas y de la energía secesionista de los gr-

*Interferencias
históricas.*

En la Historia de España, la fuerza contraria a la persistencia de los elementos de cultura tradicional y a la perduración de sus pueblos primitivos y de su constitución originaria, es la acción de hechos históricos o de factores de cultura y organizaciones que tienden a incorporar la Península a movimientos universales o simplemente extranjeros, creando elementos de cultura o tipos de organización que borran los típicamente indígenas, unifican las diferencias interiores de los pueblos y las hacen olvidar momentáneamente.

Estos factores, a veces, paralizan la evolución natural del país. Así obraron la romanización, la musulmanización, los descubrimientos de Colón y la política imperialista del Renacimiento, llevando aquella evolución por nuevos caminos y desviando definitiva o momentáneamente, según los casos, el curso general de la Historia de España. Otros factores incorporaron a las culturas peninsulares nuevos valores, nuevos elementos universales, que se funden con los del país indisolublemente, incorporando éste al ritmo general de la Historia, aunque ofusquen valores o fenómenos indígenas y los substituyan también definitiva o provisionalmente o se combinen con ellos. Así sucedió con la cultura clásica ya desde la influencia griega sobre la cultura romana, con el Cristianismo, con el Islam, con las corrientes generales de la cultura y del arte en la Edad Media o en el Renacimiento, con la influencia de la Enciclopedia y del movimiento internacional pre-revolucionario en el siglo XVIII, con la Revolución francesa, con el liberalismo, con el romanticismo, los movimientos económicos modernos, las nuevas direcciones de la evolución social, etc., etc.

La resultante del contacto, del choque, de la influencia o del impulso desviador u orientador en nuevo sentido, es

pos adheridos, y demuestra que, al debilitarse el Imperio, en tiempo de Felipe III, «todo se ha vuelto de cartón y suena a falso, en el gigantesco proyecto de vida común» que concibió, no Castilla, como quiere el tópico admitido por Ortega, sino la Monarquía de la Casa de Austria, sin tener en cuenta los pueblos.

muy distinta según la fuerza de resistencia de los factores indígenas y el valor o la fuerza agresiva de los factores nuevos. También según la manera y la medida de la incorporación. A veces es una fusión de elementos, beneficiosa y excitadora de la vitalidad; otras, una lucha que puede terminar con la eliminación de un factor perturbador, con la desnaturalización del modo de ser indígena o con una decadencia. Como en el organismo humano, al introducirse en él sustancias extrañas, natural o violentamente, se determina un proceso de asimilación, tolerancia o acrecimiento de la vitalidad o bien un proceso patológico, más o menos superable, de decadencia o de aniquilamiento.

No es éste el lugar de estudiar todos esos factores detenidamente; nuestro objeto es tan sólo plantear el problema de los puntos de vista que pueden conducir a una distinta interpretación del proceso de la Historia de España y que, generalmente, han sido descuidados o que no se han tenido en cuenta hasta ahora. De todos modos, quisiéramos ahora considerar algunos de ellos aunque no sea más que de modo sumario.

Es interesante observar algunos hechos de la romanización, que muestran claramente de que manera se operó una profunda transformación del modo de ser de los pueblos hispánicos, enquistándose en ellos nuevos elementos de población y asimilándose mentalidades y organizaciones forasteras. También lo es notar cómo esto conduce a una organización que sólo en parte abarca todo el país, y la cual viene a ser como una especie de superestructura que, absorbiendo sus elementos privilegiados, los aleja sensible y progresivamente de la masa del pueblo o de la tradición indígena no asimilada, integrándolos en la casta dominante, en un principio meramente forastera. Este hecho puede a veces ser fecundo para el enriquecimiento de los valores culturales indígenas. Por el contrario, en determinados casos, puede engendrar trágicos conflictos y perturbaciones del proceso ascensional.

Los romanos y la primera superestructura.

Entre las primeras colonias fundadas por los romanos en la Bética (1) se cuenta la de libertinos de Carteya, del 171 a. de J. C., que se organizó para legalizar la situación de los hijos de soldados romanos habidos de mujeres indígenas durante los 40 años de las primeras guerras. He aquí un primer elemento híbrido, no del todo romano ni del todo español, que habla de mirar el país desde un plano superior, mientras consideraba a los verdaderos romanos con el resentimiento de no poder pertenecer plenamente a su mundo. Tenemos ya un primer elemento superpuesto, que habla de actuar como factor de desnaturalización, al servicio de una causa ajena al país.

Podemos también tener en cuenta un hecho recordado por la primera inscripción romana de España, el bronce de Alcalá de los Gazules (2): la concesión de la libertad por Paulo Emilio a los esclavos españoles de la fortaleza ibérica de la Turris Lascutana, que pertenecía a la ciudad de Hasta, a condición de que entrasen al servicio de Roma, convirtiendo dicha fortaleza en la colonia de libertinos de Lascuta y reconociéndoles la posesión de tierras y una personalidad jurídica que no tenían en su propio país. He aquí otro factor de disolución, aprovechando el descontento contra los compatriotas y el agradecimiento al dominador.

Otra etapa es la militarización, poniendo al servicio de Roma grandes masas indígenas, explotando su espíritu aventurero, y a las que la profesión militar transforma en hombres nuevos que se destacan, como una casta superior, de sus compatriotas, convirtiéndose con celo de neófito en uno de los elementos mejores de dominio y de penetración espiritual. Después de utilizar largamente las milicias indígenas, los auxilia, bien se presten a ello de grado o por fuerza, como aliados teóricos que cooperan inconscientemente a la tarea destructora de la personalidad de su propio

(1) Bosch Gimpera y Aguado Bleye. *La conquista romana de España*. Vol. II de la «Historia de España» de Menéndez Pidal (Madrid. Calpe. 1936), p. 80.

(2) Id. id., p. 69-70.

pais. Las levas organizan verdaderas unidades romanas, convirtiendo al indígena en un soldado romano más o menos auténtico, que llega a alcanzar el derecho de ciudadanía.

El padre de Pompeyo, el caudillo de la guerra social, tenía a sus órdenes, delante de Ascoli, una unidad de caballería ibérica, la turma salluitana, de Salduvia-Zaragoza, lo que podríamos llamar «el escuadrón de Zaragoza». De ella formaban parte iberos de todas las comarcas de la cuenca del Ebro, incluso ilergetas de Lérida. Una tessera de bronce, descubierta en Italia (1), viene a ser el diploma que consigna las distinciones a que se han hecho acreedores por su comportamiento valeroso los «equites hispani», los caballeros españoles, esto es, los soldados de caballería de Zaragoza, *virtutis causa*: han recibido del general, después de un consejo de guerra solemnemente constituido con los oficiales que se mencionan, la ciudadanía romana. *Cn. Pompeius, San Filius, Imperator, virtutis causa, equites hispanos cives romanos fecit. In consilio fuerunt.....* Y estos soldados de la policía indígena española, que tienen nombres imposibles e impronunciables por los labios latinos—Sanibelser, hijo de Angibas, Tresinno, hijo de Austinco, etc. etc.—, estos bárbaros, convertidos de golpe en orgullosos ciudadanos romanos, incorporados a la casta dominadora, después de haberse batido heroicamente por una causa que no les interesaba ni poco ni mucho, después de haber vertido su sangre por ella y de haber dejado muchos compañeros sus huesos en una tierra extranjera, vuelven a sus humildes poblados aragoneses o catalanes, exhibiendo sus condecoraciones relucientes y habiendo celebrado el ascenso de categoría social con una comilona, para la que el general les concedió generosamente un plus de rancho; en la misma tessera se añade que el *imperator*, también *virtutis causa*, les dió *cornuculo et patella, torque, armilla, falereis et frumentum duplex*. Los parientes y los amigos, humildes labriegos ibéricos, que no han corrido mundo, ni se han tratado nunca

(1) Id. id., p. 195-198.

de igual a igual con los soldados de Roma; que no pueden exhibir sobre sus toscos vestidos los torques, ni han recibido el honor del *frumentum duplex* (1), serán mirados altaneramente por los flamantes ciudadanos romanos, incorporados ya espiritualmente a la superestructura de los dominadores. Siglos más tarde, cuando a las rapacidades de los primeros pretores han sucedido el orden, la buena administración, los negocios florecientes y muchas obras públicas, los soldados augustales marcharán fielmente a cumplir con todo entusiasmo los ritos del culto del Emperador a los concilios provinciales. Entonces, un poeta de otro pueblo sometido, el galo Rutilio Numaciano, podrá escribir el elogio fervoroso de la obra civilizadora de Roma (2) y, sin que nadie la haya impuesto, la lengua de los dominadores hará desaparecer casi sin rastro las lenguas indígenas, de las que no persistirán más que el acento y unas cuantas palabras olvidadas y los fermentos de su espíritu, que necesitarán de una gestación secular para rebrotar dificultosamente.

(1) Comparemos estos medios de consolidar un dominio con los adoptados en tiempos modernos para finalidades análogas.

Viajando por las pistas de Argelia próximas al desierto, encontramos caids indígenas que lucen la Legión de Honor sobre la chilava moruna, ganada defendiendo a Francia en la guerra europea, y que tal vez dirán con orgullo que de su tiempo de lucha en Europa se llevaron una esposa francesa a las estepas del Atlas. No hace muchos años que en las estaciones del ferrocarril españolas veíamos aquellos carteles de reclutamiento de soldados del tercio, a los que prometían «uniformes vistosos» y «nutrición sana y abundante», «ascensos y primas de reclutamiento y de reenganche» (*frumentum duplex!*). Menos tiempo hace todavía que hemos visto el tercio y la policía indígena de Marruecos utilizadas para una nueva «superestructura», a fin de ahogar en sangre una revolución popular o para imponer una nueva concepción de España.

(2) Fecisti patriam diversis gentibus unam;
profuit injustis, te dominante, capi;
dumque offers victis propii consortia juris,
urbem fecisti, quod prius orbis erat.

Te, dea, te celebrant Romanus ibique recessus,
pacíficoque gerit libera cella jugo.
Erige crinales lauros, seniumque sacra
verticis in virides, Roma, refinge comas.

ESPAÑA

Roma supo organizar con solidez su superestructura, que dejó una huella indeleble y trastornó el curso de la Historia de España, sobre todo incorporando a la casta dominadora todos los elementos que se destacaban de sus pueblos sometidos, no organizando una aristocracia de sangre hereditaria como la de los antiguos patricios, sino ensanchando el círculo de los optimistas, a condición siempre de que se sintiesen totalmente romanizados. La evolución que se había cumplido en el ánimo rústico de los equites de la turma salluitana se perfeccionó con los emperadores españoles, originarios de nuestras regiones, pero romanos hasta el tuétano y gobernando dentro de la más pura ortodoxia de los dominadores de su patria.

Sólo muy tarde, la voz indígena de Crosio traslucirá su simpatía, que «se va hacia Cartago abrasada, hacia España ensangrentada durante 200 años, hacia tantos reyes desposeídos y encadenados»; a nuestros abuelos, dice, no fueron más tolerables los enemigos romanos que a nosotros los godos, «palabras en que las naciones conquistadas por Roma empiezan a recobrar su antigua y suprimida individualidad» (1).

La superestructura de la organización estatal, a veces, parece incorporar definitivamente sus ideales a la tradición y al espíritu del país. Por ejemplo, la supervivencia del espíritu romano y el consiguiente intento de restauración durante la monarquía visigoda y más tarde de la leonesa, o bien, luego, el cesarismo renacentista con su misión trascendental.

En todo caso, persiste constantemente en la Historia de España hasta nuestros días, el hecho de destacarse la clase que personifica el país, como resultado de la formación de la superestructura, perpetuando la existencia de una casta de «optimates».

Esta casta de «optimates» la constituyeron un tiempo

(1) Menéndez Pidal. *Historia de España*, II. Introducción, p. XXXVI.

los centuriones junto con los *equites hispani*, los procuradores, los publicanos y los *duumviri*, los *spectabiles* del Bajo Imperio; otras veces, los condes y barones feudales, los hijosdalgo, los parásitos de los príncipes que recibían «mercedes», los secretarios del Consejo de Indias y los funcionarios de la administración colonial, los inquisidores y los familiares de la Inquisición en todos los rincones de España, que extremaban su celo en la caza de herejes o de judaizantes; en el siglo pasado, los militares con nombre extranjero, resíduo de la guerra napoleónica, o los del país, surgidos durante las guerras civiles, que escalan los más altos lugares del Estado o el favor regio y acaban por ostentar títulos nobiliarios de nuevo cuño, los diputados cuneros, los aristócratas sin función efectiva y toda la legión de los «señoritos», el ejército de funcionarios del Estado hasta el último empleado de Correos, el carabinero o el sargento retirado, miembro engalonado del escalafón de porteros y bedeles de la Presidencia del Consejo, sin dejar de incluir en la larga serie incluso las «patronas» de casas de huéspedes de Madrid (1).

Y no han sido un elemento menos importante de la superestructura, llegando a condensarla y representarla por derecho propio durante varios siglos, la Iglesia y la Monarquía. La primera, aliada con el poder, preocupada sólo por acrecer el suyo en el terreno político y económico, aun a costa de alejarse de los humildes y de ayudar a dominarlos (2); la monarquía cesarista de origen extranjero,

(1) Como ilustración anecdótica de la incorporación de elementos populares a la superestructura, podemos recordar la «patrona» madrileña, que escucha la discusión clásica de los estudiantes o de los opositores catalanes con sus compañeros de mesa acerca de «si el catalán es idioma o es dialecto» y del regionalismo y que, en un momento culminante, interviene y dice: «desengañense Vds.: *la autonomía no se la concederemos nunca a los catalanes*» (!!!). Histórico.

(2) Véase a Ossorio y Gallardo: *El porvenir de España* (Discurso del 22 de febrero de 1937 en *Maison de la Chimie* de París): «..... Se atribuye a un sacerdote de gran inteligencia esta frase definitiva: *Las turbas han quemado las iglesias; pero nosotros, los curas, hemos quemado la Iglesia.* ¡Tremenda verdad! siglos enteros en que los jefes de la Iglesia en España han vivido apartados de las clases

con ideales y misiones universalistas y trascendentales, como la de erigirse en campeón de la unidad religiosa no sólo en España sino en Europa, representando un tiempo; una fuerza de un positivo valor y con una verdadera organización, a pesar de sus taras, bajo Carlos V y Felipe II; otras veces en plena descomposición bajo Felipe III, Felipe IV y Carlos II; al servicio de una política dinástica extranjera con Felipe V, y de un ideal reaccionario paralizador de toda evolución y de todo progreso con Fernando VII; fomentando pequeñas intrigas de camarilla por el cuarto militar y jugando unos contra otros los políticos al servicio de intereses meramente dinásticos para reforzar la autoridad real e intentar una parodia de monarquía absoluta, bajo Isabel II o Alfonso XIII.

Ahora comprenderemos que las dos épocas que Menéndez Pidal ha querido paralelizar, el imperio romano y el imperio español del siglo XVI, como representativas de momentos culminantes y de exaltación de la Historia de España (1), no representan en realidad esto en cuanto a

humildes y apegados a las aristocracias de todo género, habían de traer, como resultado, lo que se ha calificado de «apostasía de las masas». El hecho es tan cierto que lo han condenado elocuentísimas voces eclesiásticas, de los Papas para abajo. En España cobró especial relieve desde la instauración de la República. Todo el que quiso perturbar a la República, difamarla y calumniarla, estorbar sus leyes, deprimir a sus autoridades, tuvo al clero a su lado. El púlpito era frecuentemente lugar de combate antirrepublicano. En los pórticos de los templos, los señoritos elegantes vendían con gritos subversivos periódicos monárquicos, sin que los párrocos, rectores o capellanes lo impidiesen. Las palabras de prudencia y cordura que los Obispos pronunciaban en 1931, ni fueron obedecidas, ni tuvieron continuación en actos posteriores. Gentes católicas eran las que propalaban contra los gobernadores las imputaciones más afrentosas y soeces.....».

Hay que recordar también aquí un hecho sintomático: en una hoja dominical de una parroquia de la diócesis de Barcelona en 1934 se leía que la ilustración del obrero era más bien perjudicial, porque el saber leer facilitaba que le llegasen doctrinas subversivas, y que lo que necesitaba no era cultura sino trabajo y catecismo. De acuerdo con esta doctrina, en un congreso de educación católica celebrado en Barcelona a principios de verano de 1936, una de las ponencias sostenía que dar como principal finalidad de la escuela la ilustración era un ideal pasado de moda, del siglo XVIII, que la «moderna pedagogía» había superado.

(1) Menéndez Pidal, lugar citado de la introducción al volumen II de la Historia de España.



fenómeno de la historia política, sino precisamente todo lo contrario: la perfección de la superestructura, que, a pesar de haber incorporado momentáneamente España a grandes empresas universales y a pesar de su brillo exterior, representan la interrupción de un florecimiento natural progresivo, la desviación de éste por el injerto de fenómenos de cultura y de ideales forasteros y, en el caso del imperio español, una herencia que, a la larga, produce una decadencia interior y dificulta la incorporación de España al mundo moderno y su definitiva constitución (I).

Grandeza y servidumbre de la superestructura.

La superestructura puede impulsar o retrasar el progreso, puede fundirse con el país y en determinados momentos personificarlo, aunque sea sin la intervención de éste, o puede representar algo totalmente ajeno a él; puede ser buena o mala; en todo caso también se contagia con las cualidades y defectos de la tierra en que vive. Sin embargo, aunque llegue a convertirse a veces en genuinamente «española», y aunque impulse el progreso y personifique la tradición, aun cuando haya sabido absorber nuevas fuerzas

(I) Esta es otra de las grandes rectificaciones que se imponen en la interpretación de la Historia de España y a la identificación del Imperio con Castilla. Las «grandes empresas incitantes» como las que nombra Ortega Gasset (lugar citado), en las que el Imperio se dispersa, difícilmente las creeríamos «inventadas» por Castilla-pueblo o «propuestas» por Castilla a los demás pueblos peninsulares, y son en buena parte responsables de la ruina del prestigio exterior de España y de su miseria interior. La conquista de América, la aventura de imponer por fuerza la unidad religiosa en Europa y dentro mismo de España, la hegemonía en Italia y la lucha con los Valois de Francia o con Isabel de Inglaterra distrajeran de los problemas interiores, fomentaron el espíritu aventurero, acentuaron las diferencias de fortuna y la miseria popular, exaltaron el despotismo y la intolerancia, incapacitando al pueblo para su educación política y ciudadana, ahogando toda libertad de pensamiento y, a la larga, la espontaneidad del verdadero espíritu religioso con el terror de las prisiones y de las hogueras de la Inquisición, y acabaron por fin con el propio poder exterior por el desastre de la Armada Invencible.

Lo que resta de perdurable, verdaderamente castellano y trascendental para la civilización de la magnífica y loca aventura del Imperio, es la cultura, que, si éste pudo impulsar en sus formas monumentales o cortesanas y hasta acelerar en su ritmo, depende de la evolución anterior en lo que tiene de auténticamente española.

y ensanchar su círculo, incorporando nuevos elementos, se mantiene distante de la raíz del pueblo, que permanece intacto debajo de aquélla, que no llega a fundirsele nunca del todo. No comprende la necesidad de incorporar la totalidad del pueblo; su vida se desarrolla, no en una circulación en todos sentidos de abajo arriba y de arriba abajo, llegando a confundirse definitivamente superestructura y país, sino manteniéndose a distancia de éste y, todo lo más, absorbiendo elementos suyos que casi siempre desnaturalizan.

Esto puede comprobarse desde la romanización hasta el cesarismo y el Estado centralizado del siglo XIX, en que los «optimates» abusan del patriotismo retórico y presentan como esencia del españolismo cuanto gira en torno de la «patria única e indivisible», de la España con honra, formalizando la pretendida Historia «ortodoxa» y dando patentes de herejía a los que conciben una España más auténtica y natural, más de acuerdo con su verdadero modo de ser y con su auténtica tradición que la entelequia creada por la superestructura, y que ésta personifica con su orgullo y defiende como una posición parasitaria y de privilegio.

En definitiva, el proceso de la Historia de España es el del juego y de la acción mutua de la España indígena, racial, primitiva y de la superestructura.

Hay momentos en que, al romperse aquélla, la superestructura, lo primitivo reaparece casi intacta. Así sucede después de la invasión musulmana, al resurgir de nuevo los núcleos antiguos tribales que evolucionan hacia nuevas unidades políticas. Como episodios interesantes, en medio del desorden y en los territorios todavía no incorporados a los nuevos reinos, conocemos los pequeños grupos independientes, verdaderos estados tribales indígenas, como los de los nobles independientes aragoneses del tiempo del Cid (1).

En la cuenta de la España primitiva latente que reapare-

(1) Véase el lugar citado de Menéndez Pidal, *La España del Cid*.

ce, debemos inscribir el espíritu anárquico de muchas luchas, de muchos desórdenes y de muchas revueltas, que no sólo domina entre el bajo pueblo, sino que gana también esferas sociales superiores, resistiendo a todo intento de romanización: banderías de la Edad Media y de los tiempos modernos, matanzas de judíos, anarquía de la nobleza, degeneración de la vida conventual, con la que luchan los Reyes Católicos y Cisneros, Narros y Cadells, bandidaje, ferocidad de las guerras civiles del siglo XIX, quema de conventos y de iglesias, destrucción de cosechas.

En estos momentos la superestructura apenas existe y, cuando se rehace, aparece la preocupación del orden, de la disciplina, de la mano fuerte sin más problemas. Y una vez restablecido el orden, siempre el mismo olvido de la necesidad de incorporar al pueblo, penetrando toda su masa y «civilizándole». Entonces se producen las grandes aventuras que no dejan más huella que el humo de la gloria histórica, o unos monumentos y un lujo refinado que detonan en medio de la miseria general. No es otra cosa la quijotesca intervención en ciertos problemas distantes, desde el anhelo de la corona imperial alemana de Alfonso el Sabio hasta la cruzada contra el protestantismo, la Armada Invencible, el imperio americano y la expedición a Méjico de la que Prim se retira. Toda la maravilla del imperio español, del arte y del lujo de los Austrias, contrasta con la miseria del pueblo; la grandeza exterior de la corte de Felipe IV, Lope de Vega, Velázquez, las fiestas del Buen Retiro, son presididas por la fanfarronería del Conde-Duque y les sirve de corolario el memorial de Quevedo («..... perdieron sus fuerzas pechos españoles porque se alimentan de tronchos de coles».....) y la desmembración inminente de todos los antiguos reinos de España.

Cuando por la fuerza de las cosas y de la evolución natural, a pesar de que la superestructura estatal no ha hecho nada para contribuir a ello, el pueblo progresa en alguno de sus núcleos, contra los obstáculos que la burocracia del Estado o de las castas privilegiadas o parasitarias

hacen surgir, cuando parece alcanzado un punto de equilibrio, la gran masa primitiva e inculta lo perturba todo, o difícilmente se consigue llegar a una organización integral y dinámica.

Como resultado de que la incorporación a las corrientes económicas, intelectuales y políticas europeas desde el siglo XVIII no han sido dirigidas conscientemente por el Estado, ni hechas en función de todo el pueblo, no se ha sabido ligar lo nuevo con lo tradicional. Aún nos resentimos de ese error. A menudo lo ha obstaculizado la propia incompreensión del Estado, estúpidamente reaccionario, o atento sólo a los intereses dinásticos y a la defensa de los privilegios de casta de una aristocracia que no evolucionaba ni se adaptaba a los nuevos tiempos, o de las burguesías que las sucedieron, intentando imitar a las viejas aristocracias sólo en lo exterior, perdiendo cada vez más el contacto con el pueblo de que han salido (1) y al que nadie ha cuidado de educar (2). Episodios de este proceso lo representan el lati-

(1) He aquí unos cuantos textos de Ballesteros: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (Barcelona, 1936), VIII:

P. 687: «Los aristócratas, de lo exterior tomaban la fórmula superficial y mundana: algunos fingían una cultura que no tenían, pues quedaba reducida a expresarse correctamente en dos o tres idiomas extranjeros, y en ocasiones a expresarse mal en el propio. En resumen: a mostrar su necedad en varias lenguas, porque este fué el pecado capital de la nobleza: su ignorancia y poca afección a las cosas del espíritu».

P. 687: «Fabricantes de Cataluña, mineros de Vizcaya y Andalucía y terratenientes del campo andaluz y extremeño, unos ricos por sus ascendientes y otros proletarios enriquecidos, seguían nutriendo esta casta inconfundible de señoritos, plaga de España, fomentadora de la vagancia opulenta, del absentismo, del desocupado que da sus tierras en arriendo y vive en las ciudades paseando, gastando sus rentas mientras otros trabajan para él; discutidor de café, socio perenne de casinos, trotador de calles céntricas, automovilista distinguido, calamidad y parásito para la sociedad que lo sufre».

(2) Ballesteros, id. id., p. 695: «Cuentan que Cervera (el socialista Antonio J. Cervera, antes de la revolución de Septiembre) pidió autorización a Bravo Murillo para abrir una escuela de adultos, y el incomprensivo ministro contestó: ¿Que yo autorice una escuela a la que asistan 600 hombres del pueblo? ¡No en mis días! Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino bueyes para que trabajen».

fundismo plebeyo o los compradores a bajo precio de bienes desamortizados, los negocios amparados en la política, desde la participación de Fernando Muñoz—el Duque de Riansares, esposo morganático de la Gobernadora—en las empresas del Marqués de Salamanca, hasta los recientes escándalos de la Dictadura y del Estraperlo.

La fatalidad del Estado hispánico quiere que la evolución positiva se realice a empujones: en medio de la retórica doceañista, por políticos que en el curso de su vida pasan de etapas revolucionarias a un conservadurismo casi reaccionario, por generales pseudoliberales que gobiernan a golpes de pronunciamientos, y en los mejores casos se hace a ratos perdidos entre la vacía oratoria parlamentaria y por una democracia *camuflada* como la del canovismo y del sagastismo, que no saben llegar a la raíz del pueblo ni de sus problemas, que organizan sistemáticamente el caciquismo, y acaban por constituir una vez más la expresión de la superestructura y de la casta de los «optimates» sobrepuestos a un pueblo analfabeto y miserable, que el Estado no se preocupa de transformar:

Trayectoria ascendente a pesar de todo.

A pesar de todo, la resultante de la trayectoria histórica es una línea ascendente. Las fuerzas maravillosas y la riqueza natural del país de los viejos «*laudes Hispaniae*», las aptitudes y las energías inacabables y mágicas de las razas españolas, flotan por encima de todo.

En el crisol peninsular todos los elementos se funden, y los más antagónicos acaban por convivir y por compenetrarse. Como los romanos, como los visigodos y los árabes arraigaron y transformaron el país, como el cristianismo se infiltró en él, en medio de la lucha secular de la Reconquista, al lado de la cultura de los reinos cristianos aparece la de los mozárabes en pleno Califato de Córdoba o la de los mudejares en los estados no musulmanes, penetrando esta última por todas partes. En realidad en la baja Edad Media se iba a la formación de una verdadera cultura popular, resultante de la fusión y de la reconciliación de todos

los elementos étnicos; de todos los aluviones culturales. En la Escuela de Toledo conviven sabios musulmanes y sabios castellanos, los reyes que destruyeron y castellanizaron el reino de Sevilla acabaron por levantar su Alcázar árabe, los literatos castellanos escriben en gallego y aun en catalán.

Bajo Cisneros se forma una espléndida cultura castellana renacentista, como la había tenido la Cataluña grande fecundada por los contactos con Italia; hasta parece que la protesta contra los flamencos, traídos por Felipe el Hermoso y por Carlos I, espolea un espíritu de ciudadanía, y que de las Comunidades saldrá uno de los elementos más auténticos de la España moderna.

La España auténtica continúa latente bajo el cesarismo y bajo el Estado monstruoso superpuesto de Austrias y Borbones, produciendo el siglo de oro de la literatura castellana y el florecimiento del siglo XVIII y la prosperidad económica y cultural de Cataluña, incluso bajo la opresión, en la que arraiga la nueva industria, produciendo Barcelona (a pesar de haber visto su Universidad expulsada de su recinto) un renacimiento científico, y teniendo los catalanes bastantes energías para organizar los servicios sanitarios del ejército español o la Facultad de Medicina de S. Carlos de Madrid.

Y, en el siglo XIX, a pesar de la retórica, de las banderías, de los desastres coloniales y de las sacudidas reaccionarias, en España y en lo mejor de su pueblo hallan eco ciertamente todas las inquietudes europeas, y a menudo se supera por el propio esfuerzo del país el Estado inoperante, se crean nuevos valores de cultura, renacen los viejos pueblos, se formulan teorías federalistas para resolver sus antagonismos aparentes y para encuadrar una nueva idea de España, más de acuerdo con su verdadera naturaleza, viéndose momentos de espléndido idealismo.

Pero la lección consoladora en la magna tragedia de la Historia de España es que, en medio de los desastres, cuando parece que todo naufragó, el pueblo encuentra energías y recursos insospechados.

Quando Napoleón había triunfado en toda Europa y, en la misma España, había copado todos los resortes de dominio, éste se le deshace en las manos, y la sublevación del pueblo español sin armas, sin organización, sin jefes militares, fué el punto de partida de su ruina definitiva.

Y ahora, ¿no hemos visto nuevamente al pueblo de Madrid crear un ejército de la nada y resistir, resistir frente al propio ejército español sublevado contra la patria y reforzado por moros, alemanes e italianos, y hacer fracasar las técnicas más modernas de combate? Los generales italianos del frente de Guadalajara, si han retenido algo de la historia militar romana que pretenden continuar, acaso recordaban el desastre de las Vulcanalias y la lucha en aquellos mismos parajes, de los celtíberos, contra la que se estrellaron por espacio de una cincuentena de años los mejores generales de la antigua Roma hace más de veinte siglos.

¿No hemos visto también cómo, en medio de las reacciones, de las persecuciones y del fracaso del Estado durante el siglo XIX, constituyendo un continuo obstáculo para el progreso, éste no obstante, se producía, y se despertaban pueblos y energías aparentemente muertos? Toda la política unificadora de Olivares y de los Borbones no ha podido impedir el resurgimiento de Cataluña, de Galicia y de Euzkadi. Así como toda la política sistemática de burocratización de la enseñanza y de oposición a cuanto representaba cultura, no ha podido impedir que el núcleo de profesores expulsados por sus ideas liberales de las Universidades, se agruparan en torno de D. Francisco Giner de los Ríos y lanzasen al espacio la simiente de la nueva educación y de la reforma de la enseñanza, que ha vuelto a florecer después de la cruzada cultural de la República. Y, por primera vez en la Historia, en medio de la más cruenta de las guerras y de las revoluciones, se atendía a la salvación sistemática del patrimonio artístico nacional, y se manifiesta en todas partes el mismo anhelo de cultura.

Y es que España, la España multiforme, no es la superestructura. No es el imperio romano ni el imperio español,

no es Carlos V ni Felipe II, ni la Inquisición, ni el absolutismo borbónico, ni la ideología de las guerras carlistas, ni el Ministerio de la Gobernación, ni una casta militar. Es ciertamente «los millones de labriegos con la mano en la manchera; esas villas polvorientas y esas opacas capitales de provincia» (1); pero también las legiones de obreros que aspiran a vivir una vida más humana, y una selección intelectual que, a pesar de sus fallas, siente la necesidad de rehacer al pueblo, de contestar la angustiosa pregunta «¿para qué vivimos juntos?», y de descubrir unos ideales comunes salidos de la raíz del alma popular y de la auténtica Historia, para incorporarse definitivamente en la trayectoria de la civilización de la Humanidad.

El porvenir de España depende de la fórmula: la tradición corregida por la razón.

Hacia la verdadera España.

El punto de partida debe ser la plena conciencia de lo que España es. Si España es una construcción artificial apoyada en un dominio, que se hunda en buena hora, pues continuaría la tragedia de la lucha del pueblo con la superestructura ajena a él. Pero si España es algo que tiene sus raíces en la naturaleza de sus pueblos, hay que rehacerla e integrarla al mundo moderno.

España no ha existido de manera palpable hasta el siglo XIX, pero su existencia rezuma en todos los momentos de su Historia, porque depende de afinidades profundas y esenciales.

Si no queremos repetir la tragedia histórica, hay que reconstruir a España según la buena fórmula, sin prescindir de la tradición ni de la razón. La tradición es lo que España verdaderamente es, con sus núcleos diferentes y personalísimos, con sus extensos sectores profundamente primitivos e incultos, casi semi-bárbaros, intocados por la cultura europea occidental, pero de infinitas posibilidades latentes,

(1) Ortega. *La redención de las provincias* (Obras completas, p. 1.243).

con un estrato superior de mínima densidad consciente y susceptible de representar la razón.

La razón que ha de corregir la tradición debe comenzar por la eliminación definitiva del sedimento morboso de las superestructuras fracasadas, pero sin renegar de los elementos sanos que aquéllos hayan podido incorporar definitivamente a la tradición española. Sobre todo, debe posibilitar la vida material y espiritual de los pueblos de España, creándose una base económica, una libertad, una educación y una organización. Sólo entonces será posible que surjan nuevos ideales colectivos, que España sea realmente España y que influya en el mundo, aportando pacíficamente sus valores a la civilización, de manera integral.

Pero no deben repetirse los pasados errores. No deben crearse nuevas superestructuras postizas ni confundirlas con el verdadero pueblo. No hay que tomar a ningún pueblo de España, ni a su cultura, como representante exclusivo del pueblo español o de la cultura española, ni atribuir patentes de heterodoxia a los demás.

La verdadera España se halla todavía en formación y lejos de haberse constituido definitivamente. En la Historia y en los tiempos presentes hay culturas españolas, la «cultura española» está por venir y será la resultante de aquélla. No sabemos si las más representativas serán unas u otras, las que han florecido ya o las que se despertarán. Pero no será ninguna cultura impuesta, como España no será una zona de dominio para ninguno de sus pueblos o para ninguno de sus grupos de hombres, sino una resultante de una floración natural, de una cooperación espontánea y de una unión cordial y libre.

En medio de la tragedia actual, de la crisis más profunda que han podido vivir nunca nuestros pueblos, creemos en ellos y en España. La Historia más reciente y más difícil de juzgar no es otra cosa más que la realización de su destino, el dolor del parto de la nueva España.

El fracaso de la última superestructura originó la revolución de las repúblicas, la primera y la segunda. Excesiva-

mente fuerte todavía la superestructura y poco educada para la vida de ciudadanía, fracasó la primera república. Bajo el signo de la segunda, la superestructura tenía todavía demasiadas supervivencias y las castas dominadoras no se han resignado a dejar el campo libre. Aunque impusiesen su «orden», no podrían abrir un camino duradero. La verdadera España, que no es la suya, tarde o temprano se les escaparía de las manos, y se produciría una nueva crisis.

La Historia no vuelve atrás nunca, y no restaura jamás instituciones o estados sociales que han perdido su vitalidad y cuya raíz se ha secado. Luis XVIII y Carlos X, en Francia, no pudieron borrar la revolución, los privilegios feudales desaparecieron definitivamente y la tabla de los derechos del hombre permaneció y se abrió paso más o menos franco. La no resolución del problema económico que contribuyó a hacer estallar la Revolución, perturba todavía el mundo. Así y todo, la Francia de la tercera república es solidaria todavía de muchos valores de la Francia merovingia o de la Francia de Luis XIV.

En la verdadera perspectiva histórica, la futura España será también solidaria de todos sus valores tradicionales verdaderos. Ninguno de sus pueblos morirá, y España sólo podrá florecer si consigue integrar toda su masa y hacerla salir de la miseria y de la ignorancia, infundiéndole la conciencia de unos ideales comunes, a la vez nacionales y humanos.